

La poesía puertorriqueña ante el 1898 : crónica en verso de una invasión

El 4 de marzo de 1998 la Cámara de Representantes de los Estados Unidos aprobó, en una cerrada votación de 249 votos a favor y 248 en contra, un proyecto de ley que le permitiría a los puertorriqueños expresarse sobre la manera en que desearían, a las puertas de un nuevo milenio, modificar su centenaria relación colonial con los Estados Unidos de Norteamérica. Esta controversial pieza legislativa, conocida como el Proyecto Young, está diseñada para adelantar la causa del sector político que aspira a convertir a Puerto Rico en el estado cincuenta y uno de la unión norteamericana. Para sorpresa de los anexionistas, que habían invertido sumas millonarias para asegurarle un fuerte respaldo legislativo al proyecto, después de doce horas de debate, el Congreso aprobó la medida por un solo voto negociado en el último minuto del conteo.

Sólo cuatro voces puertorriqueñas pudieron hablar en el hemicycle de la Cámara de Representantes en Washington : la del Comisionado Residente, funcionario electo por los puertorriqueños que tiene voz pero no voto en el Congreso federal y tres congresistas boricuas electos con el voto de los emigrantes puertorriqueños residentes en grandes núcleos urbanos del este de los Estados Unidos. El punto neurálgico del debate legislativo giró en torno a la nacionalidad y al idioma de los puertorriqueños. El discurso anexionista, en boca del Comisionado Residente Carlos Romero Barceló, describió al país como una comunidad bilingüe de ciudadanos norteamericanos privados del disfrute pleno de los derechos de su ciudadanía ; los argumentos antianexionistas, esgrimidos principalmente por el representante de Illinois de ascendencia puertorriqueña, Luis Gutiérrez, recalcaron que Puerto Rico es una nación hispanohablante, caribeña y latinoamericana, a cuyos

habitantes se les impuso la ciudadanía norteamericana en 1917 como parte de un programa de asimilación cultural. La eficacia y la evidencia del discurso nacionalista fueron factores decisivos en la cerrada votación a favor del Proyecto Young, lo que reflejó, entre otras cosas, el recelo del Congreso norteamericano a asimilar una nación étnica y culturalmente diferenciada. En las páginas que siguen intentaré mostrar la génesis literaria, particularmente en el género lírico, de ese ya centenario discurso nacionalista de resistencia política, que en buena medida ha determinado el imaginario cultural puertorriqueño.

Oficialmente se marca el nacimiento de la literatura nacional puertorriqueña en 1843, cuando un grupo de jóvenes estudiantes en Barcelona publicaron un libro colectivo, en prosa y verso, titulado *Album puertorriqueño*. Medio siglo después, cuando aconteció la invasión norteamericana a Puerto Rico, en 1898, la poesía culta puertorriqueña – que ya había producido textos líricos de notable calidad como los cantos a Puerto Rico de José Gautier Benítez y José Gualberto Padilla se hallaba de salida de los males tardíos del romanticismo y en pleno proceso de absorción de la estética modernista. En el entorno inmediato del 98, podemos distinguir tres promociones de poetas que ensayarán diversas estrategias de escritura ante el acontecimiento militar y sus secuelas políticas, económicas y sociales. En ese momento, los poetas formados de mayor talento eran Luis Muñoz Rivera quien contaba, el día de la invasión, con 39 años de edad, José Mercado (Momo) con 35, José de Diego con 31, Virgilio Dávila con 29 y Luis Lloréns Torres con 20. Correspondió a estos poetas ensayar el registro en verso del significado de la invasión y articular literariamente algunas actitudes ideológicas fundamentales en el imaginario cultural y político del país. A aquellos los seguía una promoción de poetas más jóvenes que en el primer lustro del nuevo siglo, le daría continuidad al gesto estetizante iniciado por José de Jesús Domínguez cuando publicó en 1886 el extenso poema *Las huríes blancas*. Entre estos poetas – que adoptaron sin reservas las maneras del estilo difundido por Rubén Darío – figuran Arístides Moll Boscana quien contaba con 13 años a la fecha de la invasión, José de Jesús Esteves con 16, Antonio Nicolás Blanco con 15 y José A. Pérez Pierret también con 13 años de edad. A la tercera promoción de poetas, más o menos nonatos a la hora de la invasión, le corresponde consolidar el ingreso a la modernidad de la poesía puertorriqueña vía la asimilación y la superación de la estética vanguardista. En esta promoción deben destacarse, entre otros, Evaristo Ribera Chevremont, quien tal vez contaba con dos años de edad en 1898, Luis Palés Matos que nació el mismo año de la invasión, José I. de Diego Padró que nació un año después y Clemente Soto Vélez nacido en 1905.

Contrario a lo que algunos han sugerido, la invasión no produjo una recesión en el proceso literario puertorriqueño ; antes bien actuó como agente catalítico desatando

reacciones particulares en el flujo de modernización cultural y de afirmación nacional que movía a nuestras letras desde mediados del siglo diecinueve. En el caso particular de la poesía, si atendemos sólo al aspecto editorial, no es difícil constatar su continuidad en los primeros años del siglo veinte. Entre otros títulos que podrían citarse, destaco los siguientes : *Patria* (1903), de Virgilio Dávila ; *Pomarrosas* (1904), de José de Diego ; *Tropicales* (1907), de Luis Muñoz Rivera ; *Virutas* (1900), de José Mercado ; *Poesías* (1900), de José A. Daubón ; *Agridulces* (1898), *Pinceladas y brochazos* (1901) de Félix Córdoba Dávila ; *Mensajeras*, (1899), *Versos postales* (1903), *Poesías* (1905), de José A. Negrón Sanjurjo, *Cantos a la Patria* (1898), *Cantos rodados* (1900), *Acantos* (1902), de Félix Matos Bernier ; *Letra de molde* (1903), *Musa bilingüe* (1903), *Ave populi* (1904), de Francisco Amy ; *Lírica : página azul* (1905) de Ferdinand R. Cestero ; *En la cárcel* (1902), *Nuestro ideal* (1902), de Ramón Negrón Flores.

La primera de las promociones de poetas aquí aludidos, que promediaba 31 años en 1898, contaba, para asimilar literariamente la experiencia de la invasión, con los recursos expresivos de un romanticismo tardío que, por un lado, reproducía las formas gruesas y festivas de Campoamor y, por otro, la corrección y la elocuencia, casi oratoria, de Núñez de Arce. En los casos particulares de José de Diego y Luis Lloréns Torres, el más joven de todos, la estética modernista grabó su impronta en sus poéticas respectivas. Desde la vertiente de las ideas, el panlatinismo fue una de las herramientas ideológicas que esta promoción tuvo a su alcance para interpretar los acontecimientos políticos del momento y articular un frente literario de resistencia cultural.

El panlatinismo fue, en sus inicios, una invención ideológica francesa que procuraba justificar la política imperialista de Napoleón III. En efecto, la idea de una América Latina – idea que desembarcó en México con Maximiliano – pretendió validar allí la presencia imperial francesa frente a otras dos concepciones de implicaciones semejantes : lo hispanoamericano y lo anglosajón. El publicista más destacado de la ideología panlatina fue Michel Chevalier quien la divulgó a través de *La Revista de las Razas Latinas* que se publicó entre 1857 y 1871.

Fue, por supuesto, la inminencia del imperialismo norteamericano lo que permitió que los intelectuales del 98 en América transformaran la significación imperialista del panlatinismo de inspiración francesa en una ideología conservadora de resistencia política y cultural. El ensayo Ariel del uruguayo José Enrique Rodó no es el primero, pero sí el más difundido de los textos que proponen una reconciliación de nuestra cultura con la latinidad para conjurar la amenaza de los nuevos « bárbaros del norte ». El panlatinismo como ideología de resistencia cultural es uno de los pilares en que fundamenta su coherencia el más admirable de los libros de Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza* (1905).

José Luis Vega

Desde el punto de vista sociológico, en Puerto Rico el panlatinismo parece haber sido una respuesta elaborada por un sector intelectual de la clase nativa dominante que sintió su incipiente hegemonía amenazada por la invasión norteamericana. Ciertamente, la nostalgia por el pasado glorioso del mundo latino entendido como signo opuesto al utilitarismo anglosajón no es una aspiración de las clases populares en ningún lugar de América ; ello, sin embargo, no debe conducirnos a desconocer la importante función de resistencia cultural y política que esta ideología desempeñó en los países de la América hispana durante tres décadas y que, aún ahora, convenientemente revestida de caribeñismo, es un factor articulador de discursos.

Antes de la publicación de *Ariel* (1900) y de *Cantos de vida y esperanza* (1905), el poeta puertorriqueño José de Diego ya había comenzado a escribir poemas sobre el mito de la latinidad para denunciar y combatir lo que él llamaba el Avatar (la transformación de la vida como consecuencia de la invasión norteamericana). En varios poemas fechados en 1899, de Diego propone a la mujer latina como la depositaria de una esencia cultural amenazada :

Tu eres de la raza
de pupilas negras,
de cabello oscuro,
de cutis de perla,
de opulento seno,
de cintura esbelta,
de líneas con alas,
que se abren y pliegan
sobre ondas y cálices,
fulgores y nieblas.

Vino tu alma como
el alma de América,
tórtola del cielo,
paloma de Hesperia,
luz de Oriente, chispa
de la luz primera.

No niegues tu raza,
no niegues tu lengua
ni tu alta progenie,
ni tu alma de estrella.

Desciendes, a un tiempo,

de Cristo y de César,
de María y de Venus,
del cielo y la tierra...

Hoy, tu raza augusta
gime en la miseria ;
pero, no lo dudes,
en la lucha eterna,
no vencen las armas,
no vence la fuerza...
¡ el último triunfo es de la belleza !

En el contexto de la obra poética de José de Diego, estos versos, aunque carecen de la brillantez de estilo de su mejor poesía, resultan programáticos. En ellos se advierten algunos elementos tempranos de la reacción panlatinista de un sector letrado de América ante los eventos del 98. Los modos alegóricos e iconográficos de la representación – en este caso de la mujer – serán característicos de la poesía de José de Diego. Tal hieratismo clásico expresa, en la estimativa del poeta, la alta progenie de la raza latina cuyos referentes paganos y cristianos son evidentes en el poema. Su libro *Cantos de rebeldía* (1916) es la más cabal expresión del ideal panlatino en la poesía puertorriqueña. En este sentido, poemas como « Magnibus Vocis », « Himno a América », « Sagrada corriente » y « Mundo bilingüe » resultan ejemplares. En el primero de estos poemas, – dedicado « a los pueblos latinos » en demanda de solidaridad – la representación iconográfica de lo femenino ensayada en los versos menores de 1899, toca ahora directamente a la Isla de Puerto Rico convertida en un trágico Prometeo antillano :

Trágicamente bella, en pie sobre una roca,
de un rictus doloroso contraída la boca,
tiende hacia el mar los brazos, trémula y delirante,
y al mundo de su raza en su clamor invoca
una pobre Isla inerme, una pobre Isla loca,
bajo las férreas garras de un Aguila rampante !

Por supuesto, la defensa de la lengua española frente a la inglesa (defensa condensada en el slogan hexasilábico « no niegues tu lengua ») y la consideración de la belleza como un valor más eficaz que las armas y la fuerza bruta son ideas básicas del ideario intelectual latinoamericano de ese momento que alcanzarán, en verso, su expresión definitiva en los *Cantos de vida y esperanza* de Darío. Por razones evidentes, el casticismo del 98 alcanzó en el nuevo contexto colonial de Puerto Rico una particular pertinencia. El temprano hexasílabo de José de Diego – germano del

139

José Luis Vega

posterior alejandrino de Darío « ¿ Tantos millones de hombres hablaremos inglés ? » – hallará resonancia práctica en sus gestiones como legislador a favor del idioma español en Puerto Rico y en la fundación de la Academia Antillana de la Lengua Española, en 1916.

El más pulcro registro en verso del casticismo del 98 lo constituye el poema de José Mercado (Momo), titulado « A la lengua castellana ». Son ciento diez endecasílabos asonantados que califican a la lengua española de armoniosa, sonora y divina ; declaran su eficacia como lengua íntima, familiar, de cultura, y de acción civil ; y se demoran, en su mejor momento lírico, transcribiendo el fluir de su caudal sonoro. Los siguientes versos, que aluden directamente a la invasión y esbozan una teoría sobre el inexorable fin de los imperios, también declaran el programa lingüístico hispanizante del poema frente a los acontecimientos del 98 :

¡ Lengua inmortal, a tu existencia unida
por siempre esté mi tierra borincana !

Tronó el cañón, soldados extranjeros
aquí pusieron su atrevida planta,
y se cumplió una ley inexorable,
y su gran infortunio lloró España
con la misma amargura y la tristeza,
lleno de luto y de dolor el alma,
que otro gran infortunio lloró un día
el último rey moro de Granada ...

¡ ese lazo que ayer rompió la fuerza,
átalo tú, mi lengua castellana !

La representación alegórica de arquetipos trágicos (como en el poema prometico « Magnibus Vocis » de José de Diego, sirvió a algunos poetas cultos de principios de siglo para expresar la frustración política del sector ideológico al que pertenecían ante los acontecimientos del 98. El poema alegórico « Sísifo » de Luis Muñoz Rivera es la puesta en escena inicial de esta estrategia de escritura. Compuesto en los años iniciales del régimen militar norteamericano en el País, el poema escrito en endecasílabos libres que discurren en periodos oratorios a lo Núñez de Arce, representa al poeta como un héroe civil romántico cuyo destino trágico es sacrificarse por la temerosa muchedumbre. El contexto político inmediato, es decir, las esfuerzos negociadores del propio Muñoz Rivera por conseguir la Carta Autonómica de 1897 y la subsiguiente frustración producida por la invasión norteamericana, son un referente ineludible del poema :

... Un día

Sísifo huella la fulgente cumbre
y arroja en tierra su terrible carga.
De tanto esfuerzo Júpiter se asombra ;
la multitud, ya libre, desde abajo
rompe en un hurra atronador y el héroe
erguido en el peñón, que le sostiene
como un enorme pedestal, sonrío
contento de su triunfo. El sol que nace
con su nimbo de rayos le rodea ;
sobre su frente, el dombo de los cielos ;
a sus pies, el obstáculo ; y en torno
de los mundos, el ancho panorama.

Leve rumor que desde el norte llega
de súbito se extiende, y va creciendo
como el alud que la ventisca engendra ;
el relámpago alumbra con sus cintas
de fuego el horizonte que se nubla
y se oscurece al fin ; el rayo vibra ;
el terremoto estalla y el peñasco
se desprende veloz, se lanza ciego,
rueda con furia hasta la sima y vuelve
a reposar tranquilo en sus cimientos
con espantosa precisión.

En ese

símbolo amargo de la estéril lucha,
de la gloria pueril, jamás completa,
y del dolor, eterno como el mundo,
está toda la vida del poeta.

La tendencia a la interpretación trágica del 98 hace eco también en algunos poemas de Virgilio Dávila, particularmente en su libro *Patria* (1903). En el poema homónimo Dávila propone, simbólicamente, el concepto de una maldición heredada para explicar el largo coloniaje en Puerto Rico :

Porque es lo cierto, Patria, que desde el día
que a tus playas llegaron naves iberas,
los que arrullados fuimos, Borinquén mía,
por el vibrar sonoro de tus palmeras,

José Luis Vega

sin esperanza alguna tristes vivimos.
Nuestra tierra bendita viendo humillada,
Y extraños en el suelo donde nacimos,
¡ ni somos hombres libres, ni somos nada !

Primero, España nación ingente
que admiraban los mundos por su braveza,
el veneno del odio vertió imprudente
al pecho del isleño, todo nobleza.
Después ... después ... ¡ Oh tiempos de bienandanza
que el Aguila del Norte nos ofrecía !
¡ Cuál se abrieron los pechos a la esperanza,
creyendo en los albores de un nuevo día !

Mas ¡ oh, fugaz deleite ! Decepción nueva
viene a llenar las almas de desencanto,
y otra vez sometidos a dura prueba,
¡ otra vez a los ojos acude el llanto !

Que hoy, como ayer, desdichas en torno veo ;
el Derecho es fantasma, la Ley es mito,
Y amarrado a la roca de Prometeo,
el infeliz colono gime precito.

La poesía civil en que Virgilio Dávila registra los avatares del 98 carece del protagonismo romántico de Muñoz Rivera y del talento elocuente de José de Diego. No obstante, en libros posteriores Dávila añadirá al panorama de la poesía puertorriqueña un rasgo significativo : la atemperación de la tradición criollista romántica y costumbrista del siglo diecinueve al contexto político y social del nuevo siglo.

En el poema « Lo que dice la tierra », incluido en su tercer libro *Aromas del terruño* (1916), Virgilio Dávila expresó el programa ideológico que orienta su escritura criollista. En medio de la noche, con revelador acento profético, la tierra le habla al poeta del siguiente modo :

« Canta, si eres poeta,
mis regios esplendores ;
si émulo de Murillo, surja de tu paleta
la copia de mis llanos, mis cumbres y mis flores,
y haz, si mentor diriges la cándida niñez,
que la patria sea gloria, y orgullo, y prez.

Jamás por necia moda reniegues del pasado,
ni a cuanto da el presente le brindes tus loores.

Mantén esplendoroso tu idioma peregrino
y el culto hacia lo bello que te legó el latino,
y del sajón emula, como altas cualidades,
su orgullo por la patria y sus actividades.
Sé Washington en eso de odiar la tiranía ;
pero sé don Quijote en punto a cortesía.
; El gesto del gran Roosevelt admira con tesón,
sin olvidar el gesto de Alfonso de Borbón,
y ten, de ibero y yankee, la hermosa valentía.
Así será el criollo, en no lejano día,
más grande que el latino, más grande que el sajón !

No vendas al extraño ni un jame de mi suelo,
porque vender mi suelo será venderme a mí ;
y cuando el alma tuya remonte a Dios el vuelo,
la fosa que te guarde cobíjela mi cielo,
para que me devuelvas lo mismo que te di. »

Tal dijo la tierra. Con pálidos fulgores
iluminó la aurora la bella lejanía.
Las aves despertaron, abriéronse las flores,
y al tiempo que en la tierra, en mi alma amanecía

La estrategia criollista, tal como la articularon en verso Virgilio Dávila y Luis Lloréns Torres en las primeras décadas del siglo veinte implicó la idealización de la vida campesina considerándola como reserva y modelo de puertorriqueñidad. Asoma también en los nuevos poetas un aprecio del pasado y una desconfianza del presente que contrasta con la voluntad modernizante de los costumbristas puertorriqueños del siglo diecinueve, tal como es evidente en las escenas en prosa y verso de *El Jíbaro* de Manuel Alonso y en las piezas teatrales de Ramón Menéndez Quiñones. El nuevo criollismo fue una eficaz estrategia de resistencia cultural, una escritura de protesta y un instrumento ideológico de afirmación nacional. Su mayor logro estético fue ampliar el registro de lo decible en verso para incluir, junto a los primores canónicos del modernismo, las inflexiones sociales de la lengua de Puerto Rico. Las décimas antológicas de Lloréns Torres y algunos sonetos y sonetinos de Virgilio Dávila son ejemplos acabados de lo anterior. Cito dos de estos últimos cuya escritura se apoya en una de las estructuras literarias características del 98 puertorriqueño, la oposición antaño/hogaño :

José Luis Vega

AYER

En el monte o la llanura
su terrón y su bohío ;
en el terrón su plantío :
café, tabaco, verdura.

Y su vaquita lechera,
y sus aves ponedoras,
y sus puercas paridoras
y su yegüita ligera.

Como ninguno frugal,
con ese débil caudal
ágil, alegre y morocho

nuestro jíbaro vivía
antes de aquel turbio día
del año noventa y ocho.

HOY

¡ Y lo que ha venido a ser
en este tiempo tacaño !
¡ No es el jíbaro de hogaño
ni una sombra del de ayer !

Huérfano de su terrón,
cuando lo llama el pitirre,
a « La Guánica » o « La Aguirre »
vase a dejar el pulmón.

Y el hambre siempre en su acoso,
enfermo, triste, haraposo
va muriendo lentamente,

en tanto a la bolsa extraña
corre el oro de la caña
con ímpetu de torrente.

Cito también una décima de Luis Lloréns Torres que vive alojada en la memoria colectiva de los puertorriqueños :

Llegó un jíbaro a San Juan
y unos cuantos pitiyanquis
lo atajaron en el parque
queriéndolo conquistar.
Le hablaron del Tío Sam
de Wilson, de Mister Root,
de New York, de Sandy Hook,
de la libertad del voto,
del dollar, de Habeas Corpus,
y el jíbaro dijo : ¡ Njá !

Esta poética puertorriqueñista que registra y reacciona a las circunstancias históricas del 98 se constituye en diálogo y pugna con el modernismo prefigurado tempranamente en el País por *Las huríes blancas* (1886) de José De Jesús Domínguez y por los versos juveniles y alegres de José de Diego publicados en el *Madrid Cómico* entre 1885 y 1889, versos que luego recogería en *Jovillos* (1916). El examen de algunos juicios, comentarios y testimonios exhumados por la crítica especializada permite colegir, en las primeras dos décadas del siglo veinte, una polémica latente entre una poesía de inclinación puertorriqueñista que se manifestaba tanto en el ejercicio de las formas románticas de la poesía civil como en el cultivo de los nuevos módulos criollistas y una poesía que se nutría del imaginario exótico y universalista puesto de moda por el modernismo.

En una conferencia de 1914, el poeta modernista puertorriqueño José de Jesús Esteves recoge los ecos de esta polémica, de la que, sin duda, fue partícipe :

« El modernismo responde exactamente a la siguiente fórmula : Arte sólo para encantar. Esto es : arte puro ; arte por arte. Se aleja de todo terreno propicio al utilitarismo, porque ha nacido para probar que es la resultante concreta de esta doctrina, que fue teórica hasta su nacimiento : « El arte no debe ser docente »

El modernismo vino a reemplazar por figuras de movimiento las inmóviles imágenes del catálogo retórico.

« ... Creo yo firmemente que la forma de los versos modernistas es más apropiada al temperamento de los verdaderos poetas que lo que fue la manera elocuente y

José Luis Vega

brava de los clásicos. Es decir que, precisamente, en lo que más suele tacharse a nuestra escuela, es en lo que encuentro yo su definitiva superioridad... »

Eco de esta polémica son las palabras de Rafael Valle Rodríguez en su prólogo a las *Poesías* de José Antonio Daubón donde se refiere a « la musa lánguida y extravagante a veces de los modernistas decadentes, contagiados de un neurosismo más ficticio que real ». La misma reserva antimodernista se advierte en las siguientes coplas, publicadas bajo el seudónimo de Luis Falcato, en *Los Domingos del Boletín* que dirigía José Pérez Lozada :

Que se llaman modernistas para
distinguirse en algo
del resto de los mortales
que nada modernizamos.

¡ Decadentistas insignes !
Poetillas de vuelo bajo
que la luz de un candil toman
por los fulgores del astro.

Que rompiendo antiguos moldes
al echar los pies por alto
hacen trizas del buen gusto
sin dejarle un hueso sano.

Mayor ensañamiento aún revelan los siguientes versos paródicos publicados en la revista *Puerto Rico Ilustrado*, el 23 de agosto de 1913, firmados con el seudónimo de Anticuario Agridulce :

Modernistas melencólicos del rincón de las cabañas,

1

Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña*, p. 374, José Luis González, *Literatura y sociedad en Puerto Rico*, p. 226.

2

José de Jesús Esteves, « *El modernismo en la poesía* », en : *Conferencias dominicales dadas en la biblioteca insular de Puerto Rico*, San Juan, Puerto Rico, Negociado de Materiales, Imprenta y Transporte, 1914, pp. 238-253. Citado por Edgar Martínez Mazdeu, *La crítica puertorriqueña y el modernismo en Puerto Rico*, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977 p. 48.

3

Citado por Edgar Martínez Mazdeu, *Op. Cit.*, p. 49.

146

ojerosos seguidores de una escuela inmemorial
vuestros versos simbolarios, vuestras pláticas extrañas,
son humanas alimañas
que apolillan de las gentes la masilla cerebral.

Modernistas buenos mozos, modernistas diamantinos...
¿ Nadie sabe do venís ?
Desde el suelo de un imperio de hombres brutos y pollinos
que coronan con castillos argentinos
su país...

Según Edgar Martínez Mazdeu quien más insistentemente arremetió contra el modernismo fue Félix Matos Bernier. En su libro de crítica literaria *Isla de arte* (1907), dedica tres trabajos a este asunto : « Helios », de 1905, « Modernismo y decadentismo », y « Musa moderna », ambos de 1907 . Una de las opiniones de Matos Bernier, reproducida por Martínez Mazdeu, afirma lo siguiente sobre el modernismo :

No hay momento social para esa tendencia enfermiza. De ella quedará la vaga resonancia, como de un vals interrumpido, en el silencio de la noche... Es como el fuego fatuo de almas empobrecidas, destempladas por el tedio, abismadas en la sombra de un desorden moral irremediable .

Pero fue José de Diego, sin duda, la voz más prestigiosa entre las que opinaban que la poesía puertorriqueña debía estar al servicio de la formación de un « espíritu nacional », lo que implicaba un alejamiento de los modos exóticos de la estética modernista. En una entrevista publicada en el *Puerto Rico Ilustrado*, el 13 de septiembre de 1913, José de Diego declaró lo siguiente :

Pienso que, como todas las manifestaciones del espíritu de los pueblos, la poesía debe ser un elemento de vida nacional.

4

Luis Hernández Aquino, *Nuevas reflexiones sobre el modernismo puertorriqueño*, pp. 31-32.
Citado por Edgar Martínez Mazdeu, *Loc. Cit.*

5

Luis Hernández Aquino, *Op. Cit.* p. IX. Citado por Edgar Martínez Mazdeu, *Op. Cit.*, p. 53.

6

Ibid., p. 50.

José Luis Vega

La poesía en Puerto Rico debe ser portorriqueña, en estos días creadores del ideal patrio. No deben nuestros poetas seguir las desgraciadas huellas de casi todos los poetas hispanoamericanos, que revelan el país de su nacimiento, no por el espíritu, sino por el pie de imprenta de sus libros.

No pretendo que todos los vates portorriqueños pulsen la heroica lira del sentimiento patriótico, pero sí que en leyendas, tradiciones y costumbres, en nuestra fe, en nuestras montañas y en nuestros valles, busquen la fuente luminosa de la inspiración y el canto.

En el prólogo a sus *Cantos de rebeldía* (1916), José de Diego amplía substancialmente estos conceptos al tiempo que alaba con entusiasmo al « grande y glorioso nicaragüense » que « penetró en el translúcido seno del idioma ». Y en 1918, poco antes de morir, en entrevista con Evaristo Ribera Chevremont, de Diego se reitera como iniciador en Puerto Rico, tanto del modernismo como de la campaña a favor de la nacionalización del movimiento :

« Fui yo el poeta portorriqueño iniciador de las novísimas tendencias literarias, hace más de 25 años en mis versos de estudiante, que publicaba en el *Madrid Cómico*. Rubén Darío reconoce con un poco de ironía que fuimos aquellos muchachos los precursores. En 1901 escribí « Genitrix », página 197 de la primera edición de *Pomarrosas* ya en campo abierto del modernismo ...

...

Nacionalizar nuestro arte, nuestra literatura, nuestra poesía. Usted sabe que comencé esa propaganda hace muchos años y algo ha debido influir en la concentración regional de la lírica puertorriqueña. »

La posición de José de Diego debe interpretarse no sólo a la luz de las tendencias ideológicas presentes en su poética desde 1899, sino también en el contexto de la visita a Puerto Rico, en 1913, de José Santos Chocano que contribuyó a fortalecer en el medio intelectual puertorriqueño el fervor panamericanista. De Diego, herido de muerte ya en 1918, no vacila en proclamarse precursor, no sólo de la estética modernista en la poesía insular, sino también iniciador y propagandista del programa de nacionalización de nuestra lírica culta ; programa que Luis Lloréns Torres culmina de forma excepcional.

7

Félix Matos Bernier, *Isla del arte*, p. 144. Citado por Edgar Martínez Mazdeu, *Op.Cit.* p. 51.

8

Luis Samalea Iglesia. Entrevista con José de Diego, p. 21. Citado por Edgar Martínez Mazdeu, *Op. Cit.*, p. 174.

148

Es en este contexto urgente y polémico que debe considerarse la lectura de los escasos poemarios que el modernismo estetizante produjo en Puerto Rico a partir de 1905, no sólo como muestras rezagadas de una escritura epigonal, sino también como probables desafíos al programa de nacionalización literaria generado por el 98. Tres opciones formales viables tenían los poetas puertorriqueños en las primeras dos décadas del siglo XX: adaptar las conquistas métricas y léxicas del modernismo a la tradición romántica de la poesía civil, lo que hizo José de Diego de manera espléndida; contribuir a la creación de una identidad nacional por vía del criollismo, tarea en la que descollaron Virgilio Dávila y Luis Lloréns Torres –, o afirmar la relativa autonomía del arte y de la poesía frente a las urgencias sociológicas y políticas del momento. Aquellos poetas más jóvenes que optaron por este camino sólo contaban para recorrerlo con el agotado sistema literario del modernismo, pues los experimentos de las vanguardias no se iniciaron en Puerto Rico hasta 1921.

El precio que pagaron los estetas por su audacia fue quedar al margen de los cánones consagrados de la literatura nacional. Tal es el caso de los llamados « poetas menores » del modernismo en Puerto Rico, entre otros, Arístides Moll Boscana, José de Jesús Esteves, Jesús María Lago, Antonio Pérez Pierret y Nicolás Blanco. Estos poetas, en pleno apogeo de las formas poéticas nacionalizantes, se inclinaron, en mayor o menor grado, al cultivo de un arte alejado de las intenciones docentes y utilitarias. En su autodefensa de 1914, José de Jesús Esteves se declaró partidario del arte por el arte y de la poesía pura. Sin duda, alguna dosis de arrojo intelectual requerían en su hora esas declaraciones. (Por esos años, amparado en una concepción germana del arte, Juan Ramón Jiménez emprendía su personalísima superación del modernismo.) Me limito, por ahora, a consignar aquí que aquellos que hoy se leen como poetas menores y prescindibles, se les consideró en su momento « corruptores del gusto », cultivadores de « una tendencia enfermiza » que revelaba « el país de su nacimiento, no por el espíritu, sino por el pie de imprenta de sus libros ». Pospongo para otra ocasión analizar a fondo el gesto rebelde de estos poetas.

Si he sido prolijo en la reseña anterior es porque la misma apunta a una tensión fundamental en la poesía y en toda la literatura puertorriqueña del siglo XX. Dos urgencias básicas constituyen dicha tensión: la nacionalización y la modernización de nuestras letras. La primera entraña un programa de resistencia cultural y de afirmación nacional, no exento de reformulaciones y transacciones; y la segunda,

José Luis Vega

implica la asimilación y adaptación de formas de pensamiento y códigos literarios prestigiosos (modernismo, arielismo, vanguardia, etc.). En los polos extremos de esta tensión están las formas extremas del compromiso y del purismo literarios. En el primer tercio del siglo veinte, Luis Lloréns Torres logró articular una síntesis eficaz de la poética modernista, los ideales panlatinos y la tradición criollista, al tiempo que logró acelerar nuestros procesos de modernización literaria al abrir el verso a los registros de la corporalidad, al coloquio y a lo antipoético, hitos fundamentales de la modernidad.

Lo planteado hasta aquí, tal vez en este contexto, resulta recargado de detalles localistas y regionales de resonancia escasa. No obstante, sólo he procurado sugerir un recorrido básico por el nervio central del imaginario cultural y político puertorriqueño, que por evidentes razones geopolíticas resulta casi invisible fuera de nuestras costas. Los asuntos y debates aquí sugeridos se han vivido con tal intensidad a lo largo del siglo XX que confirman la paradójica consolidación de la identidad nacional puertorriqueña en medio de las más adversas condiciones coloniales.

José Luis VEGA
Universidad de Puerto Rico